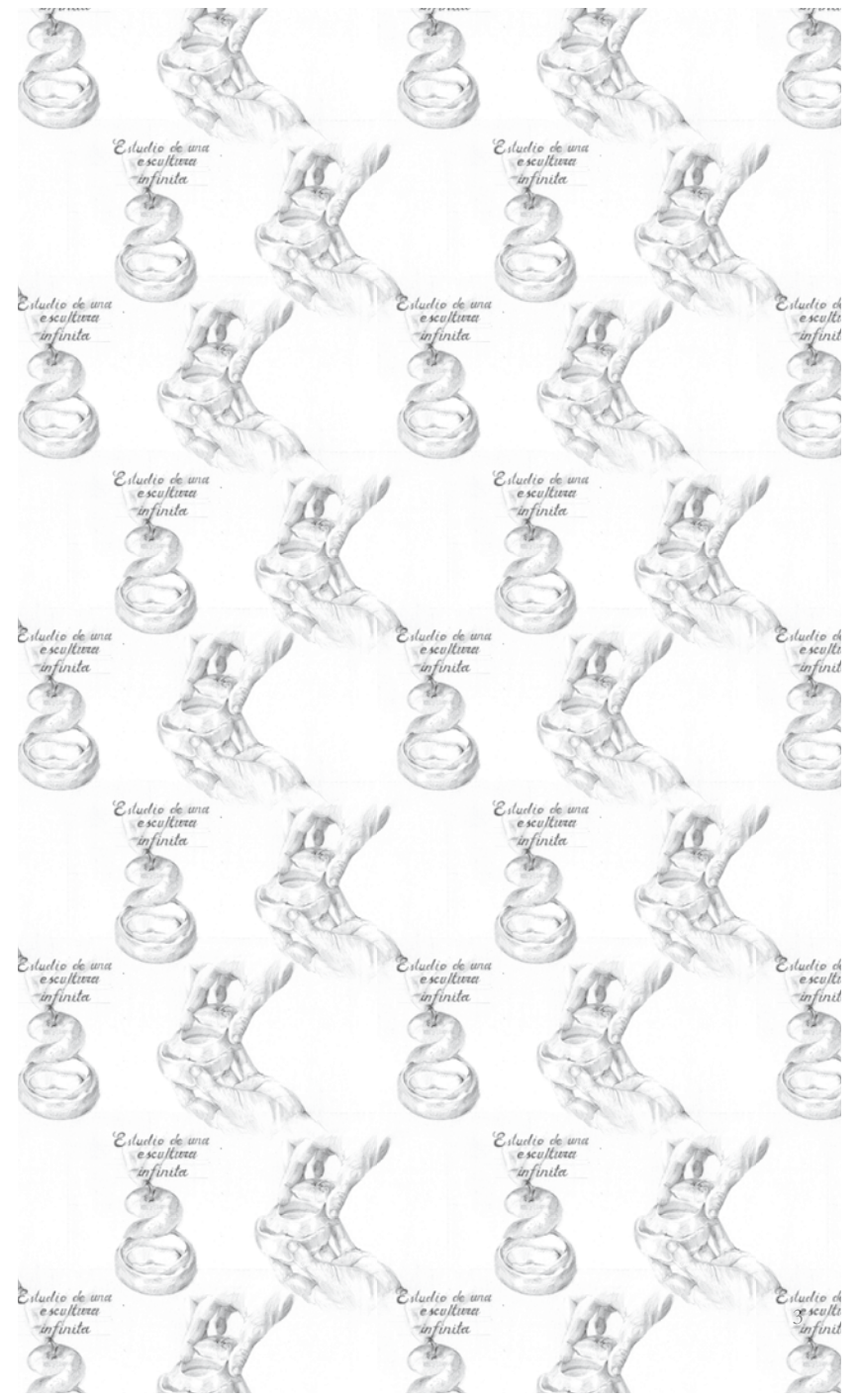




LAZOS MALEABLES

KIKE AGUILAR



LAZOS
MALEABLES

TESIS DE MAESTRÍA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA
SEDE MEDELLÍN
FACULTAD DE ARQUITECTURA
MAESTRÍA EN ARTES PLÁSTICAS Y VISUALES



Carlos Alberto Aguilar Sierra
(Kike)

LAZOS MALEABLES

Director de tesis: Juan Luis Mesa Sánchez
Profesor: Escuela de artes

Medellín
2017

CONTIENE

REZO.....	13
RITUAL, CREENCIAS, MEMORIA Y TRAMPAS DE FAMILIA. .	21
PARTICIÓN.....	23
LA CARPA FAMILIAR, INCUBA-NÓMADA.	29
TRADICIÓN AMBIVALENTE.....	35
VEREDA EL SINAÍ Y EL SIN AHÍ.....	39
LA CONCHA DE MI PADRE.....	45
UN JARDÍN DE MEMORIA.....	51
CABALGAR.....	55
EL TUCO Y SU TRUCO FINAL.....	59
TODO ES FRUTO DE UNA MARRANADA.....	67
RE-PARTICIÓN.....	73
SECUELA.....	81
REFERENTES.....	96

Lo familiar o conocido, lo confiable, lo llano y seguro
son presunciones en las que nos resguardamos.
K. A.

REZO

En los encuentros de mi familia, en algún instante ceremonial entonamos una canción adaptada por un tío abuelo sacerdote, una versión particular que, con el paso de los años, se ha convertido en un himno, en una oración o mantra, en un símbolo que reafirma el principio de realidad familiar. Siempre estuve atento a que la letra me desvelara el misterio que supone el título de la canción: ¿Quién es Dios?

¿Quién es Dios?

Le pregunté a mi madre siendo niño

Y ella, con tierno cariño

Sonriendo me contestó:

¿Para qué saberlo quieres?

-¡¡Para amarle madre mía!!

Y al ver que le sonreía, me dijo:

Pues Dios es Dios (Bis).

*Al oír aquella frase
Fue su acento tan hermoso
Su semblante cariñoso
Tan lindo me pareció
Que mirándola una noche
Yo le dije a la amada
Madre, tú me has engañado,
Dios no es Dios,
Dios eres tú (Bis).*

*Luego enfermé gravemente
Pero mi madre querida
Me dio con sus besos, vida.
Con sus cuidados, salud.
No he variado en mis ideas,
Hoy la miro y la contemplo
Dios es Dios allá en el cielo
Y en la tierra lo eres tú (Bis).*

Cuando la escucho me revela algo, unas veces claro, otras veces absurdo. Cuando la canto libero peso, y me compensa, ya que no rezo.

Desde entonces he tratado de re-comprender el modelo de familia cristiano (Padre, madre e hijos) en el que crecieron mis antepasados, mi padre y yo. Una estructura tradicional, por lo cual no sorprende la vigencia en la configuración actual de la parentela a la que pertenezco. Muy pocas parejas se han separado, la gran mayoría se unieron en matrimonio católico y los hijos nacieron en este seno.

¿O no es tan así? ¿Serán solo apariencias? ¿Cómo lidia mi familia con este fantasma o realidad? ¿Será posible descubrir en lo que se olvida o se oculta, algo de estas estrategias que mantienen la armonía entre el deber ser y lo que se es, entre lo que un creyente condena, pero un hermano perdona? Ya que sortear la turbulencia de los devenires reales sobre los ideales, es tarea que requiere la destreza de expertos pilotos, formados en la academia de la convicción familiar ejemplar.

En la lectura de lo oculto, de lo no dicho, en lo descartado y perdido, es donde pretendo hallar indicios de cómo la negociación moral permite tejer los finos hilos que entrelazan al grupo.

El que peca y reza empata es un dicho del que se valía mi padre,
no como cínico creyente, sino como hábil negociante.
K. A.

RITUAL, CREENCIAS, MEMORIA Y
TRAMPAS DE FAMILIA

PARTICIÓN

Creo que llegamos a ser lo que nuestro padre nos ha enseñado en los ratos perdidos, cuando no se preocupaba por educarnos. Nos formamos con desechos de sabiduría.

Humberto Eco

Aunque mi padre y yo nunca hablamos de los astros, de la evolución o de Dios, recuerdo con frecuencia que acostumbraba, en muchas cenas, a preparar el jugo, que consistía en la mezcla de algunos frutos de temporada, cosechados la gran mayoría en la finca que teníamos en Cocorná. Lo que siempre me sorprendía era la agilidad y la destreza con la que pelaba las frutas, en particular la naranja: después de lavarla con la rigurosidad que se ase a un cuerpo para una intervención quirúrgica, le hendía la navaja, cual escalpelo, en la corteza, empezando una incisión desde el ombligo, continuando con

un corte en espiral, conservando la cáscara entera, unida en una sola pieza en forma de resorte, comparable a la obra en filigrana de un orfebre.

Me gusta creer que gran parte de este gesto estético y escultórico lo heredé de mi padre, tal como lo hice al suceder la herramienta que usaba para tal fin y que atesoraba entre sus bienes preferidos. Desde el 13 de julio de 2008 tengo conmigo la navaja Cruz Blanca que mi padre portaba en su estuche de cuero, terciada en el cinto. Devuelta por el foráneo que lo socorrió después de que quedara fulminado por un infarto, al frente del chacero que le vendió un cigarrillo, testigo de su última acción, encender e inhalar.

Pienso en aquel hombre, un chalán reconocido, amante de los caballos, el cual me desconcertaba por la costumbre de ensillar, herrar o amarrar las bestias, como las llamaba, y yo creía que los pensaba brutos, pues ignoraba que la palabra también significa cuadrúpedo. Recuerdo algunos nombres de sus caballos y de los de mis tíos: Cantinero, Cervecero, Golondrino, Colorado y Cucaracho. Mi primo mayor me contó hace poco que mi abuelo tenía dos caballos que se llamaban Blanco y Esclavo, no sólo por el contraste de color sino por el rol que desempeñaban: uno para montar y el otro para trabajar como una ¡bestia!

Entonces me pregunté por el momento en que mi padre tenía exactamente mi edad hoy, y descubrí una serie de coincidencias en fechas y tiempos que hilan una cadena de sucesos difíciles de ignorar: mis abuelos se casaron en 1936, mi padre nació en 1946, yo nací en 1976 y cuando él tenía la edad que tengo hoy, era 1986, hace exactamente 30 años. En esa última fecha nos

congregamos en familia para celebrar las bodas de oro de mis abuelos. Un evento de magnitudes sin precedentes en mi corta vida, el cual honra la perseverancia, la obediencia y el amor, según los reunidos. Lo que nunca pude dimensionar durante la fiesta era ¿cuánto podrían ser cincuenta años?

Hallé en casa de mi tía evidencia de esta celebración en un documento, una pieza valiosa o, mejor dicho, un tesoro de la consignación de la memoria, pero que en vez de un cofre es un álbum hecho por mi tía menor, en el que narra entre textos y fotografías, con singular atención a los detalles, el inicio de la aventura que conmemora el aniversario 50. Allí están incluidas las cartas que mi abuela enviaba a mi abuelo desde su pueblo, el antiguo Peñol, hasta Concepción. Escritas a pulso con letra cursiva y acentuados arabescos en los remates de las mayúsculas, en un tono solemne, respetuoso y una ortografía feroz, empezaban siempre diciendo:

Mi muy recordado Roberto, o Inolvidable Roberto, o Pensado y amable Roberto, y que terminaban con: Su afectísima, o Suya Maruja Hernández G.

En la tercera página del álbum hay una fotografía del antiguo pueblo, una imagen panorámica en blanco y negro, en la que se destacan los dos campanarios y la nave central de la iglesia sobre los tejados de las casas. El Peñol que vio nacer a mi abuela sufrió un infortunio y tal como le ocurrió a otros pueblos, fue condenado a inundarse y desaparecer en nombre del progreso.

El antiguo pueblo del Peñol ahora es un fantasma; en sus antiguas calles sólo hay lodo y pequeños crustáceos que habitan

las profundidades de la represa que ahogó su existencia. Hoy una cruz metálica es lo único que sobresale en la superficie del agua, indicando el punto donde estaba la iglesia antes de ser anegada.

En la parte superior de la hoja, arriba de la fotografía, está escrito por mi tía menor lo siguiente:

Ellos se unieron el 26 de Noviembre de 1.936 como semilla que formaría una firme raíz para obtener luego un Gran Árbol.

Al conocerse en 1.935 se marcó el destino de toda una generación.

El Peñol fue mudo testigo de este encuentro, él vivió con sus recuerdos y hoy, él, es solamente un recuerdo.

Nunca más he estado en otras bodas de oro y sólo mi tía mayor ha repetido semejante hazaña. Como es de suponerse, la magnitud del suceso congregó a parientes y amigos de diferentes lugares del departamento y del país, entre los cuales se agolparon varios miembros de la *Concha* o Concepción, entre los que se encontraban unos primos hermanos de mi padre. Ellos me recordaban a unos nobles de la realeza española que vi alguna vez retratados en un libro. Por su tez blanca, por su pelo oscuro (y las mujeres que lo tenían largo algo ensortijado), pero sobre todo por la singular mandíbula sobresaliente como la de Fernando VII pintado por Francisco de Goya.

Cinco de los primos regresaron a la mañana siguiente de la ciudad al pueblo, en un automóvil emblemático para la familia, un campero Daihatsu. Era el primero para ellos y pertenecía al

único primo hombre de los cinco que, a pesar de ser un adulto y en buena posición económica, nunca había tenido necesidad de un carro propio y mucho menos de aprender a manejar alguno, debido a su estilo de vida pueblerino, en el que recorrer los trayectos cotidianos, podía librarse comodamente a caballo.

Pues ahora se había comprado el campero, pero era una de sus hermanas, la que vivía en la ciudad, la encargada de conducir de regreso. A pocos kilómetros de su llegada a casa, él quiso reclamar el derecho de arribar al pueblo manejando su vehículo y, con ello, reiterar lo prestante de su condición en una entrada solemne. A pocos metros de iniciar su osadía, y todavía con los efectos de la fiesta anterior y el ritmo cardíaco acelerado, viró bruscamente en una maniobra por esquivar otro carro en el camino, pero debido a la rígida cabrilla, antítesis hidráulica, y su poca experiencia al volante, no pudo enderezar de nuevo el rumbo, terminando en una peripecia desafortunada hacia el abismo, con todos muertos en el fondo del cañón, cuatrocientos metros abajo.

LA CARPA FAMILIAR, INCUBA-NÓMADA

Soy el segundo de tres hermanos que nacimos prematuramente, pero sólo yo me vi obligado a permanecer en incubadora unos días, debido a una insuficiencia respiratoria. Nacer rápido parece el vaticinio de sucesos que llegaron también temprano en mi vida. Salir a acampar fue uno de ellos.

La carpa familiar ocupaba un morral entero y pesaba entre 15 y 20 kilos. Los aditamentos estructurales: varillas y barras aseguradoras venían empacadas aparte en una tula, en la que hoy cabría una carpa familiar completa. El morral era de lona verde muy resistente y tensado al máximo por la inevitable presión ejercida al embutir la carpa, ya que, a pesar de plegarla con la exigencia de un origamista, no cabe en su forraje original.

Aquel que la llevara a cuestras parecía portar un caparazón, del que se sujeta atravesado en la parte superior, la tula que contiene las varillas y pitas, completando el menaje de apariencia militar.

Más adelante será necesario precisar el acontecimiento de armar la carpa, equivalente a levantar una tienda de beduino, pero que a diferencia de éste, donde abunda el terreno llano del desierto, las montañas andinas y los sitios predilectos de mi padre a orillas de una fuente de agua, sea quebrada, arroyo o río, obligan a resignar una inclinación inevitable en nuestro albergue, la cual afectaría de forma impredecible la fortuna de todos.

Aquí deseo adelantarme al hecho para hablar del fuego y la luz.

Componente indispensable en la experiencia de enfrentar la supervivencia a la intemperie, lejos de la ayuda de la civilización. Aunque la gran mayoría de las veces llevábamos una pequeña estufa de petróleo para cocinar y linternas de pilas para alumbrar, hacíamos una hoguera que servía de fogón y marcaba el centro de operaciones tanto alimentarias como energéticas, el centro de ese nuevo mundo. El diseño empleado frecuentemente por mi padre para armar el fogón era el de apoyar un palo horizontalmente entre otros dos para colgar el recipiente de aluminio o acero, y no depender exclusivamente de encajar las ollas en las piedras irregulares tomadas del río, y así evitar que se derrame el contenido en la manipulación, como al revolver la sopa. La madera preferida por él era la del árbol de guayabo, gracias a su abundancia y resistencia a la presión y al calor. Armaba la estructura con tal exactitud que mantenían la olla a nivel, conseguido con la precisión del

cálculo de un experto albañil. Pendían de allí las ollas, cual escena de banquete caníbal visto en dibujos animados y en el cine, una imagen que me hacía sentir dentro de una experiencia ancestral, en un ambiente aborigen.

Sin embargo no era aquel fuego el que lograba hipnotizarme.

Fuí afortunado al poder conocer y emplear en plena vigencia, artefactos que escaparon a la era del plástico y lo desechable, concebidos para perdurar funcionales y que gozan de una estética digna de la tecnología de antaño, en que parecen más obras de artesanos supremos que de ingenieros de diseño. Tal era la lámpara Coleman, que mi padre atesoraba dentro del equipamiento de camping y en la cual instalaba, dentro de la pantalla de vidrio, una caperuza blanca que más parecía una membrana, o un capullo entramado por sedas finas, presto a albergar a una larva en etapa de metamorfosis. El tejido no podía sufrir ningún rompimiento para conseguir que alumbrara y exigía toda la concentración y el pulso de quien desactiva una bomba para conectar los extremos de la fina crisálida. Luego con un movimiento suave y veloz, encender la mecha que obliga a combustionar la caperuza en un sincronizado quemón ascendente, generando un destello resplandeciente de luz blanca, consiguiendo alumbrar a su alrededor en un pequeño radio, nada despreciable ante la oscuridad apremiante de la noche en el monte. Esa destellante luz lograba hipnotizarme, cobijaba el instante de congregación, el momento para recapitular, conversar, comer algo y jugar a las cartas. Era la luz que nos permitía domesticar la noche del lugar o el lugar de noche; la luz que parecía fuego pero que era carbón fino encendido y duradero; la luz que atraía polillas y cucarrones

que a veces invadían hasta hacer insoportable departir; la luz que nos protegía y que le otorga el título de salvaguarda a quien la creó.

La ecuación con la carpa era sencilla. Si es diseñada para albergar a un grupo, demanda ser atendida y manipulada por un grupo. Era necesaria la participación de varios integrantes en las tareas de transporte, desempaque, armado, desarmado, limpieza y almacenamiento de la misma, con el ritmo de un comando del ejército.

Armar la carpa implicaba una tarea titánica, ya que la tecnología de telas del material de paracaídas y varillas delgadas y livianas hechas de alguna aleación de carbono, aparecieron sólo mucho después. El nombre de varillas (como he venido llamándolas) no es preciso, ya que se trataba de tubos de aluminio que había que ensamblar de a tres para obtener la altura en cada esquina, luego levantar los cuatro extremos y amarrar la tienda en la estructura de tubos del techo, asegurar a los lados y el centro, tender la carpa encima y tensar de los extremos los rompevientos.

Además de la dificultad inherente del primitivo sistema, se sumaba con frecuencia el problema de llegar al atardecer y verse obligados a finalizar la prueba de razonamiento abstracto a tientas, en la oscuridad, y con algunos adultos alicorados, descubriendo al amanecer que varias piezas estaban trucadas y desajustadas, arriesgando quedar, como en muchas ocasiones se hizo efectivo, propensos a la inundación y al colapso.

Entre mis más remotos recuerdos (siendo todavía un bebé),

está uno en el que mi madre, llevándome en brazos por alguno de estos parajes campestres, batallaba para regularme la temperatura y la respiración, debido a una fiebre y asfixia que me acompañaban sin falta en los lugares fríos a más de dos mil metros de altura, propicios para desencadenar mis alergias y problemas respiratorios. La inapetencia que conlleva estar enfermo resultaba intolerable para mi madre, y en un intento por persuadirme a recibir alimentos, me acercó a un nido bajo, a la altura de ella en cuclillas, en el que había tres pichones que por su aspecto despellejado debían haber roto hacía poco el cascarón. En una coreografía de movimientos torpes y rápidos, piaban y abrían sus desproporcionados picos, tensionando y estirando sus cuellos desplumados, consiguiendo que su apariencia me resultara imposible de asociar a la de un ave y además por la fiebre que distorsiona la percepción, se grabaron en mi memoria como gárgolas atemorizantes. Ella pretendía que yo siguiera el ejemplo de tales criaturas y abriera el pico, pero sólo encontré alivio cuando me suministró infusiones y una bebida caliente al interior de la carpa. Allí tendido, inhalando y exhalando con dificultad, escuchaba las gotas de lluvia golpear la lona del techo y tronar detrás de las montañas; sentía que en aquella tienda cuadrada estaba resguardado de la hostilidad del exterior bajo el cuidado de aquella mujer, de la que veía cómo su aura se expandía, ocupaba todo el espacio y entraba a mis pulmones desperezándolos poco a poco. Pude respirar y sentir de nuevo que estar dentro de un cubo para la supervivencia, me salvaba, como lo hizo al inicio la incubadora.

TRADICIÓN AMBIVALENTE

Recordar es una forma de reforzar el vínculo social, recordar nos identifica con un grupo, pero además abre el espacio para reflexionar sobre otras temporalidades, reactivando el valor simbólico de ciertos hechos, reconstruyendo imaginarios, proponiendo no una simple mirada curiosa al pasado.

Pini de Lapidus, 2014, pág. 184.

Estos relatos de la infancia no corresponden a una edad. Ni a una época (aunque estén citadas muchas fechas transcurridas). Tampoco se refieren a una línea de tiempo, ni hay un orden. Y no son historias. Son memorias aleatorias a través de diferentes cuerpos.

[...] [L]a familia, la escuela, el territorio, la ciudad o incluso la “patria” son los cuerpos sociales privilegiados de estas memorias recordativas. En ellos y a través de ellos se perpetúan los “valores corporales”, los ritmos

de vida, las “maneras de la mesa”, las valuaciones y aficciones estéticas, las formas del habitar, los espacios de interrelación afectiva [...] (Montoya, 2014, pág. 77).

Las tradiciones en sociedades conservadoras, en las que perduran costumbres ancladas en su mayoría a la religión, suelen verse confrontadas por diferentes principios de realidad y obligadas en muchos casos a establecer negociaciones con otras prácticas, de las cuales logra permearse algo del liberalismo, creando sincretismo y renovación en sus rituales. Estas negociaciones que se dan entre los miembros, entre lo sagrado y lo profano, entre pertenecer a o ser parte de una familia, logran establecerse en las festividades con mayor ahínco, favoreciendo así el hecho de permanecer unidos a pesar de las diferencias, transformando la condición de familia en una elección de familia.

La celebración de la navidad en casa de mis abuelos maternos era discreta y en la de los paternos intensa, con los primeros acostumbrábamos a reunirnos de día y con los segundos toda la noche.

En la época de mis abuelos la división del poder se debatía entre dos grupos políticos en el país, la población parecía estar obligada a pertenecer a alguno de estos polos, sin matices, sin opciones. O se era conservador o se era liberal. Esta separación hacía parte de mi entorno familiar, los abuelos maternos liberales y los paternos conservadores. No obstante, las celebraciones parecían reflejar lo opuesto: allí los liberales no pretendían ningún objetivo ritual, creo que, en parte, por el intento de evitar que mi abuelo y algunos tíos proclives a

la bebida perdieran el control y la medida. Mientras que los conservadores, tradicionales y de mas arraigo religioso, a la cabeza de mis tías y a la sombra de mi circunspecto abuelo, acostumbramos a unirnos en celebraciones vastas de actividades de integración, tales como repetir cantos, juegos, ritos religiosos y sacrificios, mezclando varias creencias y prácticas. En estas fiestas navideñas, reforzar el vínculo para esta parte de la familia parece una tarea incuestionable que perpetuar, al conservar la unión del grupo y reafirmar el principio de realidad. Empero el azar presente y los giros inesperados a los que obliga, hacen que piense en cómo un evento particular entre tantos, puede hacer la diferencia, por ejemplo cuando a mi abuela paterna, estando joven y antes de conocer a mi abuelo, la pretendía un hombre de preferencia política liberal. Esto resultó en un golpe de suerte para las intenciones de mi abuelo cuando la conoció, ya que una vez manifestó el deseo de ganarse su afecto, tuvo la preferencia y bendición de mi bisabuelo, o sea el padre de mi abuela, por ser el nuevo pretendiente políticamente conservador, marcando el destino de toda una familia y sus individuos.

Respeto lo circunspecto, callado y prudente de uno de mis abuelos y me sobresalta lo pernicioso, mujeriego y nómada del otro, siento que soy estos dos hombres no solo porque los llevo en la sangre, sino porque lo elegí tras una permanente negociación.

VEREDA EL SINAÍ Y EL SIN AHÍ

Tierra donde los hombres empiezan y terminan los pleitos a machete y las mujeres con la lengua, los niños son jinetes antes de aprender a hablar y la vida conyugal inicia en la adolescencia. Nunca me explicaron bien el origen del nombre de la vereda y tampoco indagué profusamente.

La primera finca que mis padres compraron quedaba en la vereda El Sinaí, muy alejada del pueblo al que pertenece, ahora municipio de Cocorná. Está geográficamente más cerca del municipio de San Francisco, todo en Antioquia, Colombia, trópico andino. Este segundo pueblo ostentó el indecoroso

primer puesto de las zonas con mayor número de minas antipersonales del país, en uno de los últimos períodos más cruentos del conflicto armado.

Cursaba quinto de primaria y era mi primer viaje. Recorrimos un trayecto que en su mayoría era por la autopista, luego carretera destapada y el último acceso sólo era posible a pie o a caballo. Una vez llegamos a Santa Cruz, la vereda en la que finalizaba el viaje a motor, brinqué del carro, me adelanté al grupo junto con mi primo Gonzalo y corrimos por la ladera de la montaña, entre árboles de guayaba, por un descenso escarpado, en medio de un cañón estrecho hasta escuchar un rugido de caudal y ver el puente colgante de madera que cruzaba el río Santo Domingo, del cual sólo seis años después pude saltar. Indicaba la mitad del recorrido entre el estadero donde dejábamos el carro y la casita campesina desvencijada que, más tarde, después de caminar durante una hora por senderos de herradura en un ascenso cada vez más inclinado y abrupto, nos esperaba.

Llegamos al lugar y nos recibió una bienvenida caótica de murciélagos e insectos que revoloteaban en el interior negro hollín de la cocina a leña. Años de acumulación de humo y grasa por superposición de capas y capas adheridas diariamente, convirtieron el techo en sustituto de caverna para los insectos, reptiles y mamíferos voladores. A pesar de esta aterradora primera impresión de la finca-cueva, la emoción aumentó y el optimismo se restableció, ya que los inicios de proyectos austeros y humildes pero nunca carentes de ambición, eran la impronta de mis padres. En esta región montañosa de la cordillera central y de clima templado, transcurrió gran

parte de mi infancia y adolescencia, en una vereda campesina aislada de la civilización, abandonada por los gobernantes, sin electricidad ni servicios públicos.

La fuerte inclinación de las montañas limita la explotación de la ganadería y la agricultura, permitiendo la preservación de especies nativas salvajes. Esta topografía de cañones parece la vela dorsal de una bestia mitológica, otorgando singularidades imposibles en otras tierras, como la compleja red de comunicación a través de silbidos y gritos que resuenan entre las montañas, expandiendo los ecos por kilómetros. Aunque es imposible diferenciar frases o palabras concretas, los acentos y ritmos eran la clave para descifrar los mensajes.

Región de gente arriera, quebradas y ríos con rocas enormes, aguas cristalinas y corrientes frías, en las que aprendí a lanzarme (decir clavarse sería un eufemismo); emana en el aire una mezcla de olores a bosque, a leña quemándose en las cocinas, a guayaba fermentándose y a establo; transportándome a otro tiempo. Algunas personas estaban descalzas, hombres adultos masticaban tabaco y un puñado de contemporáneos padecían malformaciones –por ejemplo cuello y torso cortos o extremidades desviadas– debido a la endogamia frecuente en estas zonas. Los diagnósticos y tratamientos médicos obedecían a procedimientos de siglos anteriores y debido al inexistente servicio y carencia de instalaciones estatales, eran socorridos por ellos mismos, improvisado camillas con guadua, vendas con sabanas y suministrando contras o analgésicos preparados con licor, cortezas de árboles y capas del suelo del bosque.

Por otra parte, resaltaba la gran variedad de frutales y pequeños

cultivos, como el del café, el cacao, plátano, cítricos, zapote, guanábana, un amplio abanico de musas como murrapos y bananos manzanos, y ponderado como uno de los más excelsos estaba la yuca.

Mi estancia durante las vacaciones era tan frecuente que parecía llevar dos vidas: la civilizada en la ciudad y la salvaje en la finca. Esta feliz dicotomía fue posible durante 15 años hasta que en una disputa por el territorio entre dos de los grupos guerrilleros más antiguos del país, le fue arrebatado el dominio al más pequeño. El grupo perdedor había permanecido en el lugar, abasteciéndose, reclutando y recreándose, todo el tiempo que llevábamos ahí, sin exigirnos ni obligarnos a nada y nunca fui testigo de algún acto violento. La evidencia de este conflicto se me revela ante la ceguera de un foráneo colono, en el fantasma de los ranchos abandonados, en las cicatrices en los brazos de muchos hombres, cuyas suturas me impresionaban por ser tan largas como amarraderas de unas botas de cuero. Así como en los rostros de desconfianza de madres que ven partir hijos en bandos opuestos y en el silencio de niños que esconden secretos perturbadores. Rubén era uno de ellos, tal vez un par de años mayor que yo, pero de una constitución física que lo hacía parecer menor, de tez blanca, pelo rubio y un rostro extraído del mismo molde que el de sus hermanos, molde encajado en el cuerpo de cada uno, sin importar si era hombre o mujer, gracias a su versátil androginia juvenil.

Su naturaleza necia rápidamente lo llevó por los senderos oscuros de la vida hampona y luego subversiva. Un día, ya adolescentes, me estaba presumiendo de su afanada escalada en la vida adulta macha, haciéndome palpar los perdigones

que portaba incrustados en su nuca después de que escapara a la muerte tras un disparo que le propinaron en alguna de sus arriesgadas experiencias. Eran unas cinco o seis pequeñas esferas de plomo que tenía en el lado derecho de la nuca, alineadas de tal manera que parecía un diseño intencional de modificación del cuerpo con joyas subcutáneas. Fue la última vez que lo ví.

Una noche mi padre llegó a la finca, advertido desde Santa Cruz sobre la situación que lo esperaba. Al entrar encontró unos extraños invasores durmiendo en las camas. Sin importarle mucho que portaran armas y que se identificaran como integrantes del ingresante grupo guerrillero que reclamaba injerencia en el territorio, mi padre los increpó y los echó.

Un golpe en la cabeza causado en un accidente a caballo, el medicamento al que se había vuelto dependiente y sus hábitos de divertimento: al mezclarlos, estallaba en reacciones irracionales como las que desencadenaron en valor y estupidez para este acto. Mi padre salió ileso, jamás pudimos volver a la finca en el Sinaí, supe un tiempo después que a Golondrino, el caballo de mi padre, lo montaba el cabecilla de la cuadrilla guerrillera, un antiguo vecino.

LA CONCHA DE MI PADRE

Mi padre nació en Concepción Antioquia, un pueblo ubicado al nororiente de Medellín, conocido afectuosamente como la Concha, de calles estrechas y en piedra, casas construidas en tapia, con balcones en madera donde penden materas con flores que prosperan en este clima templado frío. Cuna del prócer José María Córdova, de una arraigada tradición religiosa católica, y de la cual fui partícipe durante contadas semanas santas en mi infancia temprana. Recuerdo con agrado la apariencia macabra de los “santos”, figuras religiosas a escala natural, hechos a mano en materiales de antaño, pesados y duraderos. Levantar este tipo de andamiaje equivale a alzar un monumento, labor que hacían por lo general hombres devotos de la iglesia y la cantina.

Las fiestas de la guayaba, creadas en 1986, son las únicas celebraciones folclóricas en el pueblo que no comprometen un festejo religioso directo. Muy alejadas de las celebraciones, los rituales y las fiestas aborígenes de los tahamíes y caribes, que acogió hace tiempo la región, estas fiestas no rinden tributo

al fruto, adoptan este nombre pintoresco como respuesta a la tendencia de los pueblos alrededor, que crean celebraciones de temas autóctonos, para captar mas turismo.

Entre tantas actividades efectuadas en las fiestas, están las del reinado de belleza y las cabalgatas, ubicadas ambas en la punta de lanza jerárquica de las celebraciones. Elegir la soberana anual, que represente la cara bonita del pueblo, requiere de más triquiñuelas políticas que de virtudes estéticas.

Cabalgar a lomo de caballo no solo es práctico, demuestra estatus, dominio y control del hombre sobre la bestia. Sin importar la razones que justifiquen este acto ancestral de domar la montura para transportarnos, ayudarnos con la carga, combatir en las guerras y agilizar las diligencias en pro de nuestro “desarrollo”, las cabalgatas en la Concha son una exhibición.

Predominan los caballos de paso fino Colombiano, con crines aceitadas y largas, cuellos gruesos contorsionados y cabezas contraídas, de los cuales los mas briosos parecen no tolerar el freno en el hocico, salivando espuma como perros rabiosos. Su galope es un trote veloz y corto, que al golpear con las herraduras el empedrado crea un sonido como el ritmo del zapateo de un bailarín de tap.

El recorrido establece un circuito por las principales cantinas del pueblo, ir luego a las afueras a un estadero, donde la mayoría desmontan para bailar o descansar. En las cantinas, por el contrario, permanecemos montados formando una aglomeración de binomios cerca a la puerta, esperando. Súbitamente, entre la formación laberíntica de ancas, cabezas equinas y sus jinetes, aparece una mano levantada que sostiene

una bandeja con copas de aguardiente y naranjada. No se puede ver la cara del mesero bajo su sombrero, nunca supe quien pagaba la cuenta y al parecer lo único que exigían para poder acceder a la copa, era tener la edad suficiente para montar solo y resistir estar beodo, como decía mi madre cuando alguien estaba bebido.

Estas costumbres al parecer aprendidas de las películas del lejano oeste, explican por mucho la propensión de mi padre por estos films, la cultura mariachi, y dos de los apodos que él tenía: Pueblo y Marlboro.

Aún conservamos la casa de mis abuelos, en la que nació mi padre y varios de sus hermanos asistidos por una partera, ya que no existía mucha diferencia entre el cuarto de piso de madera de la abuela y la habitación del centro de salud. La casa azul a una cuadra del parque principal y que ocupa una esquina, con balcones que inspiraron los lienzos de pintores locales, ahora hace parte del Patrimonio cultural e histórico de la nación, ya que el Municipio fue declarado así en 1999, por su estado de conservación y belleza, destacando algunas edificaciones y parajes naturales.

Los alrededores del pueblo son bañados por ríos y arroyos prístinos que escurren por las montañas, creando pozos profundos socavados en las rocas por la caída de la corriente durante años. Estas formaciones de rocas, cascadas y charcos, sugieren circuitos idóneos para la pesca de sabaleta y nuestras piruetas de salto y nado. En estas mismas aguas permanece oculto, por su naturaleza esquiva y su escasez, un residente único, endémico, emplumado y experto buzo, una especie del pato de los torrentes. Ignoré durante mucho tiempo su

existencia, pero una vez supe de ella, me generó más arraigo que cualquier patrimonio, ya que junto con la nutria de río, requieren de aguas puras, abundante en peces y altas en oxígeno, evidencia inequívoca de esperanza ambiental.

La visita a la Concha que hicimos después de las bodas de oro de mis abuelos, fue para asistir al funeral de los primos de mi padre, fallecidos en el incidente con el Daihatsu. Mi madre, que reconoce tener algo de sensibilidad esotérica y paranormal, vaticinó el siniestro, aseverando tener la visita de un espectro en el momento de lo acontecido. Ella, sin dudar, dijo que era Jaime que venía a despedirse.

Cuando llegamos a la calle donde quedaba la casa de los parientes, a tres cuerdas bajando de la casa azul, noté que al frente también rezaban la novena a los muertos. Le pregunté a mi padre si era solidaridad de los cercanos y él me contestó que el vecino en un inicio, venía por aparte. El día del suceso se encontraba caminando por la carretera y lo recogieron en el Daihatsu, como era costumbre con los peatones y en especial con los allegados. En un pueblo tan pequeño una muerte era noticia, pero cinco eran una tragedia local.

En los primeros tumbos que dio el vehículo hacia el abismo, salió expedida la hermana de Jaime, la que le había entregado el volante hacía poco, siendo afortunada al sobrevivir a los traumas severos que sufrió. Por eso creímos que los cinco fallecidos eran miembros de la familia y sólo cuando llegamos al lugar nos enteramos del azar que cambió la suerte de algunos.

Hasta hace poco, en el sitio, a unos kilómetros de la cabecera

urbana, en el borde de la carretera, permanecía erguido un monumento póstumo con una virgen; supongo que la imagen de la inmaculada Concepción de la cual hereda el nombre el pueblo. Tenía una placa con los nombres de los occisos, una oración inscrita y un florero al que no le faltaban claveles, ofrenda fúnebre que señala el sitio donde dejamos de existir como humanos. Hoy en el lugar ya no queda rastro de ladrillo, en cambio sí, el enorme abismo y la naturaleza que lo cobija.

UN JARDÍN DE MEMORIA

Cuando era niño, solía encontrar sapos en los patios y antejardines. La ciudad todavía albergaba estos anfibios que se reproducían en pequeños estanques, formados por la lluvia en algunos parques y lotes baldíos. Tiras de huevos oscuros, fertilizados en una mucosa, eran abandonados en los reducidos embalses (como un collar de perlas negras sumergido a poca profundidad), de los cuales eclosionaban docenas de extrañas criaturas mutantes. Estos pequeños renacuajos me fascinaban, por ser un ejemplo vivo de la clase de biología, en el que podía atestiguar la transformación de una célula en un ser complejo.

Un día atrapamos un sapo herido en el patio de mi casa, e improvisamos empleando algunos utensilios del botiquín para intentar curarlo. Mi madre acostumbra mantenerse alejada de los animales y nunca aprobó tenerlos como mascotas, lo cual no impidió que a lo largo de nuestra infancia, decenas de especies vivieran con nosotros, incluso hasta un mono araña, ya que mi padre pensaba lo contrario. Ella accedió con un gesto benevolente a la súplica de mi hermano y yo y atendió al anfibio lastimado.

A mi madre lo que le apasiona son las plantas, y desde pequeño me contagié y animó a sembrar y cuidar de ellas, a entrar en contacto con tierra, vegetales, flores, hojas, hormigas, frutos, raíces, abonos, larvas, lombrices y, en fin, toda la fauna y flora que se puede desenterrar en estos movimientos, los cuales activan y afloran la relación agrícola milenaria, contenida y acumulada en la memoria colectiva, expresada en la experiencia subjetiva.

Desde entonces me resulta igual de fascinante que, como los renacuajos, una discreta semilla contenga la información genética suficiente para convertirse en árbol, y que posteriormente produzca flores, frutos y nuevas semillas. Poder manipular este pequeño contenedor de información y material genético, permite que en la simple pero audaz iniciativa de sembrar, se evoquen un cúmulo de eventos y sucesos que traen al presente la memoria ancestral de la domesticación de las plantas.

No existe una tradición agrícola entre mis antepasados cercanos, en el sentido estricto, pero vivir rodeado de vegetación es un

componente frecuente desde hace generaciones.

Tener “buena mano”, para que peleen las plantas que siembro en el jardín, no creo que se deba a algún don, sino a algo heredado, siento que mi jardín, las maneras de trabajar con él y entenderlo, son casi idénticas a las de mi madre y mi abuela. No es necesario, para explicar lo expuesto, remontarnos hasta ningún inicio, ni descubrir cuál fue el primer hombre que enterró una semilla, pero considero que es inseparable esta asociación cuando estamos plantando o sembrando algo.

También pienso que sembrar, cultivar y cosechar son procesos comparables a los de la producción en el arte. Las tareas constantes que implica mantener sanas y vivas las plantas domésticas, se asemejan a las del proceso creativo.

Tal es el caso, que deriva de la costumbre ancestral familiar de atiborrar esquinas con macetas y plantas, de colgar en los balcones canastas desbordadas de hojas y flores, que penden como la cabeza de Medusa sostenida por Perseo. En ello, surge un ente orgánico que ocupa los espacios arquitectónicos en casa de parientes, en forma de jardines ornamentados y enmarañados que subsisten de manera azarosa y afectuosa de generación en generación. A tal punto que hoy no sólo contribuyo a preservarlo, sino que también me atrevo a trasladarlo a las piezas que produzco en el taller, a las composiciones neo barrocas que predominan en mis dibujos, a la distribución de objetos en los lugares que habito, a la tinta tatuada que recorre mis brazos.

CABALGAR

Una vez que mi padre cambió, de la tracción animal a la tracción a motor la manera de transportarse, trasladó consigo el hábito de parar incontables veces en el camino, por corto que fuera el trayecto; a saludar, a orinar, a comer, a comprar, a fumar y sobre todo a tomar aguardiente. Lo hacía con tal serenidad como si creyera que el carro, igual que el caballo, reconociera el camino a casa y se valiera por sí mismo para el retorno. ¿Cómo más puede ser el viaje y la aventura para un vaquero criollo?

2012 y 1982.

El último día de trabajo antes de las vacaciones, estábamos celebrando entre colegas y estudiantes por lo bien que salió la exposición final del semestre, y decidimos encontrarnos mas tarde en un bar para continuar con la juerga. Yo tenía 36 años.

El último día de las vacaciones escolares, mi padre atiborra el Renault 4 verde de equipaje y pasajeros, cuatro adultos, dos niños, comida y enseres, para marchar rumbo a otra ciudad a unas 8 horas de distancia. Mi padre tenía 36 años.

Esa noche emprendí mi cabalgata como todo un vaquero criollo y después de múltiples estaciones de recarga ética, monté mi corcel de dos ruedas y continué el último trayecto rumbo a casa, lo cual se vio truncado a pocos kilómetros por la arremetida contra un gigante molino de viento.

En un lugar llamado Puerto Salgar llovía copiosamente, era de noche y tras las innumerables estaciones a lo largo del camino, típicas de mi padre, en una curva riesgosa, el Renault 4, que tiene la apariencia de un carruaje del viejo oeste, se salió de control, desviándose de la caravana hacia el desafortunado encuentro de un Cherokee.

Los vehículos derraparon a mi lado, un sujeto que conducía una moto scooter se detuvo y con movimientos pendulares de sus brazos desvió el tránsito para evitar que me arrollaran, pude levantarme solo, e intenté recoger algo de lo que dejé desperdigado en la vía, mi brazo no respondió, no tenía la fuerza para apretar, el buen samaritano de la scooter me sujetó por los hombros y me recostó sobre el pasto a unos metros del siniestro.

El pasajero al lado del piloto logró salir del vehículo abriendo la puerta de un empujón y empezó a sacar uno por uno a los demás ocupantes agarrándolos del pelo y halándolos con fuerza, tuvo problemas con asir a su hermano que se rapó recientemente,

por suerte estaba consciente y extendió la mano, por último sacó a mi padre y cuando tuvo tiempo para sí mismo, se percató de que una varilla le atravesaba una rodilla.

Un muro de contención que protege una gran torre de energía puso fin a mi cabalgata nocturna, al día siguiente y pasados los efectos de los narcóticos, en especial el de la morfina, pude sentir el dolor obligatorio y la vergüenza inevitable, al engrosar la lista de pacientes atendidos en urgencias por accidentes en moto, el 80% esa noche.

Una camioneta Cherokee blanca recibió de frente la embestida del Renault 4, un encuentro equivalente a enfrentar en batalla la cabeza de un buey almizclero contra la de un cordero, finalizando con la correría poco antes de llegar a su destino, al día siguiente remitieron a mi padre a una clínica cercana, donde le practicaron varias cirugías.

¡Que jinetes!

EL TUCO Y SU TRUCO FINAL

Lo que se hereda no se hurta.

Mi abuelo durante varios años llevó incrustado en el pecho un marca pasos, ayuda vital para mantener a buen ritmo el latido de su corazón enfermo. Mi abuela tenía sus venas inflamadas a causa de auto infringirse piquetazos con agujas durante décadas, obligada por el suministro constante de insulina del que dependía, inyectada una y otra vez en los lastimados canales.

Los problemas cardíacos y la diabetes hacen parte del testamento genético parental que espera encontrar heredero en cada generación. Más de la mitad de mis tíos llevan dietas bajas en grasas y el veto al azúcar. Tal como si se tratara de la desintoxicación de un opiáceo, es aplicado un riguroso control

sobre todo lo que ingieren, ejercido estrictamente por sus cónyuges.

El último de once hijos, mi tío menor, fue menos afortunado que sus hermanos al no poder disfrutar de una juventud sana. Tuvo más restricciones desde pequeño, como no comer chicharrón, no tomar café ni chocolate endulzados con panela, o no beber licor acompañado de gaseosas o frutas confitadas, ya que recibió un indeseado y prematuro legado, el de la diabetes juvenil.

Esto incidió en su crecimiento y debió conformarse con una estatura de un metro con cincuenta. Era de piel blanca, pelo oscuro y alborotado en la juventud y calvo en la adultez, podría haber protagonizado el papel de un gnomo, no sólo por su apariencia, o por su manera de caminar oscilante impuesta por sus cortas piernas, sino también porque inspiraba lo mismo que un sabio y misterioso ser del bosque.

Fue el único entre sus hermanos que no contrajo matrimonio y no tuvo hijos; de su última novia le escuché decir que tenían entre sí muchas cosas en común, como el de compartir el mismo gusto por las mujeres.

Era el tío bohemio, lector y devorador de poesía, amigo de intelectuales artistas, escritores, parias y Nadaístas, un rebelde transgresor, melómano y poseedor de un sentido del humor agudo y sagaz. Cuando empecé a ser su amigo, era dueño de un restaurante de comida marina en pleno centro de la ciudad, punto de referencia y de encuentro de dicho gremio. En aquel sitio fue apodado *Camarón*, sobrenombre acuñado por sus cercanos, al asociar el característico olor a mariscos que lo

precedía, su baja estatura, la calva insolada, sus brazos cortos, manos regordetas y diminutas y finalmente por el color rosado de su piel.

A mis ojos siempre fue un Kraken.

Sin duda era el más distinto entre sus hermanos, cuyos perfiles se acercan con precisión al del modelo de una familia tradicional. Tal vez, haber migrado joven a la urbe le permitió tener una perspectiva de vida distinta a los de su casa, más el hecho de haber lidiado con la herencia indeseada que invadió su sangre, la cual lo confrontó con la muerte desde una temprana edad, resaltan como claros incidentes en su personalidad divergente.

Después de trabajar para marcas editoriales y vender libros, después de múltiples intervenciones médicas y después de llevar una vida errante acogido por sus hermanos, decidió un día cambiar y regresar a la Concha natal. No sé si inspirado por una canción que le gustaba; Pueblito Viejo, de Garzón y Collazos, tampoco puedo imaginar si sospechó que su retorno pudiera coincidir tanto con la letra de la canción:

*Hoy que vuelvo a tus lares trayendo mis cantares
y con el alma enferma de tanto padecer
quiero pueblito viejo morirme aquí, en tu suelo,
bajo la luz del cielo que un día me vio nacer.*

No le tomó mucho tiempo adaptarse e integrarse a la vida del pueblo; sostenía tertulias en cafeterías con vecinos, ejercía un trabajo esporádico en la casa de la cultura, escuchaba y discutía sobre tango y boleros en las cantinas con amigos; y en particular al restituir (tal como en la infancia), el vínculo con la casa azul

de mis ancestros.

Antes de ello, libró múltiples batallas por su supervivencia. Por ejemplo, la recuperación tras un disparo recibido en el abdomen, resultado de una manipulación indebida del arma, en medio de una reunión entre amigos ebrios e intoxicados. Pero tal vez su mayor desafío fue encarar el daño físico paulatino e implacable causado por la diabetes, la cual se fortalecía por su despreocupado modo de vida, en el que el placer iba primero que la salud. La pérdida de la visión y la gangrena en sus extremidades inferiores, fueron progresando hasta tal punto que perdió un ojo y le amputaron primero un dedo del pie y después la pierna. Aunque quedó tuerto y cojo por el resto de su vida, nunca se quejó y además, por su simpática manera de encarar la adversidad, propició que de esta reciente condición, le acuñáramos otro apodo; *El Tuco*, abreviación de *tuerto y cojo*, su nueva figura mitológica.

Su presencia en la casa azul, colma de nuevo el espacio de una energía familiar, retornándole al inutilizado lugar el estatus de hogar, devolviéndole sonidos y olores rutinarios, como las voces y la música, el campaneo de las llaves al abrir los cerrojos, el chirrido de las puertas al manipularlas, y los aromas inconfundibles del linaje.

La casa de dos pisos cuenta con un número significativo de amplias habitaciones, en las que hay varias camas en las que dormían varias personas, pero la cual sólo contó durante muchos años con un único baño, ubicado en la planta baja junto a la marranera o chiquero. Mi primo mayor dice que no hay nada más negro que la oscuridad de la noche en La Concha, esto sumado al intenso viento frío que circula por el patio

interno, al crujir del piso de madera ocasionado por las pisadas, lo que delata la presencia del incauto; hacían que la necesidad fisiológica de visitar el escusado, tuviera que resolverse a la usanza de reservar una bacinilla bajo cada cama. Este método resultó ser, de nuevo, la mejor solución para mi impedido tío, obligado por la limitada movilidad a retornar al antiguo estilo, el de mear sentado desde la cama en un recipiente de peltre. Luego de saciar la necesidad, estaba resignado a guardar bajo su lecho el contenido líquido, rico en información bioquímica que reintegra el característico y rancio olor familiar a las abandonadas habitaciones.

La prótesis que usaba como pierna era retirada antes de dormir como cualquier accesorio, quedando sometido, cuando era necesario pararse, a mantener el equilibrio como una garza cuando apoya una sola extremidad. Una mañana al despertar con una resaca severa, más aturdido que somnoliento, estiró su cuerpo y buscó apoyo con la única pierna disponible a tientas, sumergiendo el pie descalzo y la bota de la pijama en el tibia orina que rebosaba la bacinilla, ahora convertida en alpargata.

La gracia con la que él mismo relataba tal suceso, hace pensar que por más infortunios que debiera enfrentar, siempre venían acompañados de un motivo para gozar.

La progresiva ceguera no le impidió continuar leyendo, ya que a pesar de la poca visión que le quedaba en el único ojo, logró valerse de la ayuda de una enorme lupa para espiar los renglones del libro, a la misma proximidad a la que un experto analiza un diamante. Su retina fluctúa a través del enorme lente siguiendo el rastro de tinta, tal como un cíclope vigila el horizonte.

A pesar de que su currículum no era del agrado y comprensión de muchos en la familia, él era uno de los miembros más queridos. Nos mostró algo diferente, la posibilidad de elegir y de ser feliz con muy poco. Aunque confrontó y enfureció a sus hermanas sin tregua, siempre fueron ellas las más atentas a su suerte, y cuando yo menciono su nombre a cualquier pariente, dicen que él era media familia.

El primer encargo y pago que obtuve por una pieza artística, los hizo él, mi primera colección de libros de arte se la compré a él, mi primera mirada a un mundo alterno en el hermético núcleo familiar de la infancia, fue a través de él y entender que el azar puede alterar cualquier destino, fue a través de su muerte, la que parecía estar trazada por la diabetes o el infarto.

Una noche en la que regresó de una fiesta, entró al patio interior del aposento y fumó un poco, luego encaró el último escollo antes de llegar a dormir, el de subir las antiguas y empinadas escaleras de la casa azul. Auxiliado por un bastón para caminar, emprendió a un ritmo lento y renco la escalada, como cual arriesgado malabarista, decidido a coronar la cima de la plataforma. Cuando llegó a la cumbre, exhausto, ebrio y solo, descargó el bastón a un lado del pasamanos, para liberar los dedos y abrir la pequeña puerta que se interponía entre él y su cama. Al volver a tomar el bastón, notó que estaba atascado en una abertura del piso y en la ofuscación que genera el afán por el deseo de llegar, lo haló con tal fuerza que no sólo consiguió zafarlo, sino que también él salió expedido de espaldas en caída libre, recorriendo en fracciones de segundo lo que le había costado toda una vida ascender, mientras el frío y duro inicio de su escalada, aguardaba la fatal recibida.

A la mañana siguiente sorprendió a la empleada encargada de las tareas domésticas, cuando lo vio tendido en el helado suelo del patio. Parecía dormido, no tenía heridas visibles, ni hematomas, ni moretones y no había sangre. A pesar de que su rostro y figura permanecían intactos, ya no lucían como el de ningún ser mitológico.

TODO ES FRUTO DE UNA MARRANADA

Al principio de esta investigación me reuní con algunos parientes para recordar sobre las fiestas que celebrábamos, en particular las del seis de enero en el Remanso.

El Remanso era la finca de un tío abuelo sacerdote al que llamábamos cariñosamente el padre Pacho, quien posteriormente la convertiría en un asilo para ancianos. Hoy, después de muchos años de haber muerto en un accidente automovilístico, algunos allegados continuaron con su legado, con sus propósitos y sueños, manteniendo el asilo funcionando y construyendo un orfanato en el mismo predio.

En aquel entonces, él ingenió una estrategia de negocio para los campesinos vecinos, conmovido por las condiciones en que

vivían y motivado por su vocación. A mi parecer, movilizado por un deseo inherente que, tal como les ocurre a muchos de mis parientes, los impulsa a ayudar a quien sea.

Llamó al proyecto “El Plan Cerda”. Consistía en darle cerdos hembras a los campesinos para poner en reproducción y que, a posteriori, éstos retornaran una de las crías por cada determinado número de camadas. Lamentablemente, la avaricia de algunos beneficiados empantanó el chiquero más que los puercos, provocando el fin prematuro de una desinteresada y joven empresa.

Sin embargo las marraneras continuaron existiendo y proveyendo ejemplares para varios propósitos, como el del sacrificio en las fiestas familiares celebradas los seis de enero. En ellas disfrazábamos al desafortunado (pero honrado) porcino, para luego hacer la lectura del testamento que adjudicaba sus partes a varios de los presentes. Todo esto a ritmo de trova antioqueña y al compás de la guitarra, entonando y recitando versos que repartían la herencia frente a un tío disfrazado de perito. Recuerdo que a mi padre le dedicaban un canto que le asignaba los pulmones del difunto, ya que fumaba tanto, que era el indiscutible acreedor de tal lucro. A mi tío toma trago le correspondía el hígado, al soltero, los testículos, a la prima chismosa, la lengua, a la estreñida, el intestino y a la rezandera, el corazón. Continuando por un largo período con la extensa partición anatómica a los herederos más necesitados, e intencionalmente puestos en evidencia, según designan los documentos legales y el rito.

Los tiempos y eventos en cada etapa de los sacrificios con fines rituales contienen un complejo sentido simbólico, en el que se

reafirma y refunda el mundo entre el grupo.

La iniciación de los miembros mas jóvenes en nuestra familia era uno de ellos. Se encomendaba a los infantes recolectar el helecho silvestre seco, arbusto abundante y combustible, óptimo para chamuscar la piel del cerdo una vez muerto. Previo a ello, nos cargaban sobre su lomo, montando el cuerpo que yacía en el pasto, ya vencido, símbolo de la pretendida eternidad de la especie, triunfo del cazador, como cuando el jaguar hembra permite a sus cachorros jugar con la presa.

Luego de que ardía el cerdo y se chamuscaran los pelos, cortaban la punta de la cola y las orejas, para distribuir las en un estricto orden jerárquico, reservando una pequeña porción a los iniciados. Probar este cartilago carbonizado, sin ningún aderezo, era salvaje, ciertamente templaba el espíritu, otorgando una irrefutable sensación de ascenso en la manada.

Hacer un seguimiento y ordenamiento de la genealogía familiar, fue una idea que tuve al inicio. Pero hurgando en los relatos, imágenes y memorias entre parientes, descubrí unas fotografías de las fiestas del seis de enero, en las que una imagen en particular reveló la respuesta a aquel interrogante sobre el origen de los antepasados remotos. Éstas eran del año en que participé en el ritual de iniciación, las cuales contenían registros de todo el proceso, de los pasos que lleva convertir en alimento sagrado a un ser de 70 kilos y los festejos adyacentes.

En una agresiva y espontánea iniciativa, algunos miembros propusieron una dinámica ceremonial, disfrazando a mis abuelos y tío mayor, transformando el entorno en escenario para una procesión. Éste último era el encargado de llevar el símbolo, el asta u objeto ritual con la cabeza del marrano empalada en el

extremo superior del madero. De éste, amarradas bajo la cabeza deforme, irradian once cintas en derredor, que representan el número de hijos de mis abuelos, los cuales sostienen con las manos los extremos suspendidos de las cintas, moldeando un cuerpo para aquella figura zoomorfa, presta a la adoración.

Todos llevamos amarrados trapos o pañoletas blancas en la cabeza, caminamos siguiendo la procesión alrededor de la finca, cantando, saltando y brindando. Fascinados y embaídos por la unión alrededor de la ceremonia, tan hermosa como grotesca, evocadora de un pasado prehistórico tribal, nos permitíamos trasegar fuera de los credos tradicionales, para fundar otro principio de realidad:

En esta foto que menciono, se ve mi tío mayor en el centro sosteniendo el asta y algunos de sus hermanos alrededor. Junto a él otro tío exhibe un trozo de papel, como evidencia legítima, cual huella del sudario de Turín. En él está escrito con pintalabios rojo, apenas legible en una caligrafía desproporcionada, casi jeroglífica; “Todo es fruto de una marranada”.

RE-PARTICIÓN

Un domingo de julio, hace unos años, nos reunimos en casa de mis padres para celebrar el cumpleaños de una tía materna, la más allegada. Algunos tíos y primos estaban en el patio trasero de la casa debajo de dos enormes árboles de mango, los cuales trepé cuando era niño, como un primate hambriento que no desaprovecha cosecha. Estos ejemplares pertenecen a una de las especies más comunes de *mangifera* índica, de frutos pequeños, dulces y jugosos. Con mi hermano y amigos hacíamos concursos de agilidad y velocidad: el que ascendiera más rápido hasta el copo, el que cosechara el mayor número de ejemplares en determinado tiempo, apuntar y lanzar a un objetivo los malogrados o picados por aves o murciélagos y una de las más extremas, el que lograra engullir el máximo de estos pulposos y maduros frutos en dados minutos. Este exceso por lo general

nos ocasionaba una indigestión leve, excepto una vez en que gané, además de la apuesta, un suplicio intenso al consumir 24 mangos de una sentada.

Dos meses atrás de este domingo, alternábamos turnos para cuidar a mi padre en el hospital. Un edema pulmonar y el deterioro sistémico parecían cobrar, en definitiva, una cuenta impuesta hace tiempo. El hábito de fumar desde pequeño, detonó la irremediable condición de sus últimos años, la que después de muchas entradas y salidas de centros médicos, obligó a prostrarlo en un coma inducido y entubarlo, a causa esta vez de una insuficiencia respiratoria. En dos ocasiones en las que estaba en la sala de cuidados intensivos junto al enfermo, coincidió la visita del sacerdote, encomendado a aplicar los santos oleos a los moribundos. Las dos veces impartió la unción a mi padre, ya que su estado era honestamente deplorable. Lucía extremadamente delgado, débil, pálido y subyugado, al parecer inevitablemente batido. Sin embargo seguía batallando con fuerzas prestadas por los equipos médicos, para llevar un poco de oxígeno a sus achacosos pulmones.

En contra de los pronósticos médicos y generales, mi padre logró sobreponerse a la aniquilación y, pasados dos meses, lo único que delataba su estado de salud, era la dependencia a un suministro constante de oxígeno, a través de un tanque. A pesar de ello, recuperó la gran mayoría de las costumbres y autonomía, podía salir a la calle con la ayuda de un pequeño tanque de oxígeno portátil.

Aquel día del cumpleaños de mi tía, él no usaba ningún tanque, parecía no necesitar la ayuda de nada externo. El semblante, la elocuencia, la lucidez y el humor emanados del mismo

individuo que hacía poco era un muerto viviente, traen a la memoria sus mejores épocas. Al parecer de repente recuperó más que un buen semblante, también el carácter y algunas propiedades que le fueron arrebatadas en los últimos años.

El asombro por la recuperación no cesaba, mas aún en el peculiar instante que se incorporó de la siesta después de comer y se acercó a la mesa donde estábamos la mayoría bebiendo café. ¡El almuerzo estaba muy rico! Dijo, ¡hasta luego, voy para misa!

Incrédulo ante lo que veía y oía, lo interrogué acerca de que si era prudente irse solo, sin ninguna ayuda portátil para respirar. ¡Me siento muy aliviado! Exclamó.

En broma le advertí que tuviera cuidado, no fuera a padecer un desmayo y perdiera la herencia que siempre reclamé: la navaja Cruz Blanca que llevaba en el cinto.

Tranquilo hijo, respondió, también llevo el anillo de oro que es pa' su hermanita, la cadena con el cristo que es pa' su hermano, los lapiceros que son pa' su tía y así sucesivamente hasta repartir entre todos los reunidos a la mesa, la indumentaria y enseres que portaba, declarando oralmente el testamento en una justa distribución de afectos a los sucesores, representados en todos los bienes que pueda portar un hombre literalmente encima.

Pasados pocos minutos, continuábamos en la mesa en franca conversación acerca del poder de la naturaleza al engañar la muerte y del azar que determina dicha suerte. Repentinamente comenzó a sonar repetidas veces el timbre de la calle, continua y angustiosamente. Era el llamado inconfundible que augura malas noticias al final del pasillo, al otro lado de la puerta. Ya

presentía la noticia que suscitó tal prisa, pero me intrigaba el portador del mensaje del supuesto impase. Cuando desatranqué el cerrojo y pude abrir, noté que no era alguien que yo conociera, pero sabía quién era mi padre y dónde vivía. ¡Le acaba de dar un infarto a su papá! Gritó, ¡se lo llevaron para urgencias!

No pregunté nada y me eché a correr, mientras me dirigía al lugar de atención, a pocas cuadras de la casa de mis padres, pensaba en lo que me había dicho unos minutos antes. ¡Me siento muy aliviado!

¿Acaso los hilos que entrelazan la familia obedecen a interacciones flexibles,
más que a alineamientos en estructuras rígidas y estables?
K. A.

SECUELA

Recientemente, el banco más grande del país lanzó una campaña publicitaria cuya estrategia de inclusión a un amplio rango de potenciales afiliados acepta que la configuración de familia tradicional a la que dedicó tantos años de persuasión mediática, ya no es público suficiente. Para seducir al cada vez más variable constructo de familia actual, apela al uso de imágenes como la de una pareja heterosexual con hijos adoptados de rasgos interraciales, otra de una pareja del mismo sexo abrazados paseando un perro, o de individuos solteros, entre muchas tantas. Imágenes acompañadas con el eslogan “ES EL MOMENTO DE TODOS” y algunas con el Copy: “*Es el momento de las nuevas familias*”, lo cual generó reacciones encontradas entre sus clientes; hay quienes la rechazan y quienes la defienden, polarizando sectores de la sociedad sobre el concepto de familia que cobija en la nueva campaña la institución.

Por otro lado, en una importante revista del país se publicó que:

[...] actualmente en el Congreso de la República, se debate la propuesta de aprobar un referendo que

pretende convocar al pueblo, para que, por la vía de las urnas, se pronuncie sobre quiénes deben tener el derecho a adoptar en el país [...] (www.semana.com).

Y una pareja de políticos,

Ambos, defensores del concepto tradicional de familia y con el argumento de defender ahora el derecho de los niños, promovieron la convocatoria de este polémico referendo, que a pesar de estar en contra de derechos fundamentales de otras personas, como por ejemplo los hombres y mujeres solteros, viudos y viudas, y las parejas del mismo sexo, fue aprobado por la Comisión mas importante del Senado (ibid).

La senadora y su esposo enviaron un mensaje llamando al ayuno a sus aliados. Según ellos el ayuno y la oración son el vehículo que garantizará la victoria en el Congreso. La ritualidad religiosa citada, resulta indiscutiblemente eficiente para la creyente pareja y sus adeptos, hecho importante, ya que reclaman, por convicción en una superioridad moral religiosa, que sólo debe existir un modelo de familia.

En un país como el nuestro, uno de los más desiguales del mundo, con un pasado prehispánico inasible, indiferente ante la mezquindad con la que se explota a la naturaleza anfitriona en aras del progreso, y con más de 800.000 niños en situación de orfandad, ¿cuál puede ser el porcentaje de familias que se ajusten al modelo fotogénico de la campaña publicitaria, o al modelo sugerido por la senadora y la iglesia?

Ante los vertiginosos y radicales cambios que durante el siglo pasado sufrieron las estructuras sociales, políticas y económicas,

fueron muchas las voces de alarma o lamentos por una supuesta “crisis“ por la pérdida de constructos como la “ley del padre“ o la “seguridad del seno familiar”. Y sin embargo, luego del aturdimiento de los primeros años de este siglo, nuestra época reclama una más profunda lectura al respecto, una que permita reconocer que el lazo social cuenta con hilos más arcanos, maleables, complejos y plausibles que la mera estructura familiar, rígida, clásica, católica, europea. Una más profunda lectura sobre el concepto de familia y lo que atañe tal vínculo es urgente en una época en que la sociedad parece dirigirse a la inevitable vuelta de los ciclos, ya que cuando miro a mi alrededor lo que veo son personas ensimismadas anhelando la visista del papa con fervor, un exprocurador deseando el retorno de las misas en latín, los senadores empeñados en establecer un sólo modelo de familia; sin detallar, para no desviarnos, están los conflictos bélicos justificados en la fe, usando todos la religión para avalar el dominio y las imposturas sobre los demás, desatendiendo las fuerzas básicas que nos congregan. El reclamo de esta época es un llamado, un grito convocante para atender a los lazos y cuestionar las estructuras creadas por el relato, diseñadas, preconcebidas, pero que no parecen calculadas para soportar la maleabilidad vinculante que se escurre por sus fisuras.

Durante esta investigación, pude vislumbrar un vínculo que me rebasa, me remonta a la especie, que a estas alturas ha probado (y seguirá probando) tantas formas de regular las relaciones entre individuos. Considerando alguna de las teorías sobre porqué la especie *sapiens* se alejó de las demás en la evolución y creó culturas, construyó civilizaciones, inventó religiones y los mitos que soportan un “mundo” a diferencia

de cualquier otro homínido antiguo o primate reciente, hay quienes plantean que dicha divergencia se debe a la capacidad vinculante del lenguaje complejo de la especie. Una singular aptitud en la comunicación, permitió nombrar lo que no existe, otorgó la capacidad de crear ficción, de imaginar y creer en lo imaginado, en el mito. El lenguaje y el convencimiento propiciaron establecer lazos más allá de los grupos familiares o pequeños núcleos sociales con individuos foráneos. Tal capacidad diferenciadora, la de establecer relaciones con sujetos que están por fuera de un rango geográfico, por fuera de la manada o aldea, con los que se comparte o construya algún tipo de mito, amplía la capacidad afectiva con otros miembros, aumentando a la vez y significativamente las probabilidades de éxito en la especie.

El vínculo vislumbrado se remonta a la ficción y al mito, existe mucho antes de la revolución cognitiva de nuestra especie, antes de poder inventar, a través del lenguaje, el relato de familia, antes de ser *sapiens*, uno que podemos entrever en ejemplos actuales en otras especies carentes de mitos, tales como los chimpancés, bonobos y varios grupos de animales sociales que forman alianzas y expresan una clara y variada relación de afectos y lazos. Un vínculo que no tiene por qué fundarse fuera del conflicto, del malentendido ni de la disidencia. Todo lo contrario. Es en ese choque explosivo entre lo antiguo y lo nuevo, entre lo individual y lo colectivo, entre los roles que cada uno ocupa dentro de las estructuras sociales, donde surge la posibilidad de la creación, del afecto y de la pertenencia.



Imagen 1 Cráneos de cerdo, baldosas viejas, totem.

Ve, cebo de oro

Forzado porcino, por la conquista,
a hurgar con su hocico, tierra animista.

¡Adorar al cebo, tal cual becerro!
es de oro igual que el más antiguo,
ahora es un cerdo del testafarro,
que en la colonia encontró ahínco
y se nos impone, como aquel credo,
matar marrano, en vez de saíno.

En medio de las múltiples memorias reveladas y reactivadas en la investigación, emergen pequeños indicios que detonan y ayudan a esclarecer la idea que planteo, indicios que asoman entre los testimonios, las fotografías, las cartas y los recuerdos de familiares, pistas que llevan a establecer que lo vinculante está compuesto por fugaces pero repetidos gestos. Solo basta con pensar en mi madre sembrando y mi padre cabalgando, el gesto de pelar la naranja y reconocer que la cáscara, permaneciendo unida después de cortada, es la cadena de ADN que me ata a mi padre y me exonera. Que la navaja Cruz Blanca antes suya y ahora mía es un amuleto, un objeto cargado de sentido vinculante. En estos gestos ocultos u olvidados es donde hallo el lazo que nos une, memorias que llegan en marea al taller inundando la mesa. Doy inicio al ritual elaborando piezas en papel cortado con bisturí, emulando el gesto de mi padre al separar la piel del cítrico con la navaja, armo objetos con cigarrillos o huesos recordando viejos hábitos y lleno planos con trazos..... dibujo, continuando con los gestos.

Los artefactos que construyo integran un viejo espectro simbólico, el de la memoria de familia, procesos que salen y se reintegran a ésta, piezas que ilustran y transfieren nuevos relatos, objetos ceremoniales.



Imagen 2



Imagen 3 Huesos, sellos, dibujos y vestigios.



Imagen 4 Calado, papel picado, sombra proyectada o reflejo de memoria.



Imagen 6 Cartas de 1936, album de 1986 y dibujos de 2016.

Imagen 5 Retrato de mi padre. Marlboro y Pueblo sus dos apodos.



Imágenes 7,8 Escrito cortado a mano, consiansuda tarea de grabar a pulso un epitáfio.

Imágenes 9,10 Pintura y dibujo de la procesión alrededor del sacrificio.



Genealogía

El mas vetusto de la familia,
no es un humano, tampoco un Dios,
obvio un primate, después colono,
pero yo quiero que sean dos:
del que la sangre saque los genes
y del que la carne obtengo un don
ya que mi padre con sus hermanos,
en texto escrito lo confirmó;
¡todos venimos de aquel marrano!
que como un mártir se deificó
él dio su vida por engendrarnos,
y en un ritual se refundó.

Imágenes 1,2,3,4,9,10 Relato “Todo es fruto de una marranada”
pag: 67

Imagen 5 Relato “La Concha de mi padre” pag: 45

Imagen 6 Relato “Partición” pag: 25

Imágenes 7,8 Relato “Re-partición”. Pag: 73

El motivo del encuentro familiar en agosto de 2017 fue el de compartir entre parientes y allegados este componente plástico de la investigación. Sin embargo en el propio azar de las celebraciones surgió un nuevo elemento, unos objetos y símbolos provenientes de la iniciativa de algunos parientes se sumaron a la fiesta. Primas y tías, impulsadas por el deseo de aportar para la ceremonia su propia interpretación del rito, llevaron consigo unas piezas de carácter estético y semántico,

idóneos para la liturgia. Una iniciativa que evidencia la maleabilidad de las circunstancias y que involucró varios miembros del ceno en la logística. Redactar textos, ejecutar finas manualidades y la modificación del escudo de armas del apellido Aguilar fueron algunas de las tareas. Comenzaron alterando el diseño del logo símbolo gracias a la ágil proeza de una prima diseñadora que logró el montaje digital en tiempo record, el que incluye bajo las garras del águila la figura del cerdo, (el nuevo símbolo fundante de esta rama del apellido); el siguiente paso fue estamparlo en más de 80 gorras blancas y negras para ser distribuidas entre los miembros entusiastas que aportaron a la iniciativa. Pintar alcancías de barro cocido con forma de marrano, caracterizados como mis abuelos, mi padre y sus hermanos de los cuales salen ramilletes de flores entre las rendijas con los nombres de la prole adheridos con cintas, una idea no de un árbol, sino más bien de un jardín genealógico. Y por último me ofrendaron con un diploma impreso, soportado por una estructura de papel azul, enmarcado en un diseño similar a la fachada del Partenón griego, elaborado con la destreza de un litógrafo editor. El papel blanco con el texto de agasajo está atravesado verticalmente por 11 finos hilos, frágiles y flexibles lazos simbólicos.

Todos estos nuevos símbolos involucrados me tomaron por sorpresa, en particular por tratarse de objetos legitimadores del ritual fundacional provenientes de miembros conservadores de la familia, en el que se reconoce la génesis no sólo en sacrificio del hijo de Dios, sino en la del sacrificio del cerdo.

Véase video “Secuela” <https://vimeo.com/243532274>



Escudo de armas del apellido modificado

Aparte de eso, este proyecto no se limita a una reflexión profunda sobre un aspecto decisivo en la historia de la cultura; tampoco es un ensayo ni un sistema de pensamiento, sino una des-composición en “capas”; las cuales se pueden superponer, re-ordenar y separar, así como los relatos aquí contenidos, testimonios en video, fotografías, textos antiguos, dibujos, piezas gráficas elaboradas en el taller, objetos heredados y encuentros familiares, los cuales presento como evidencia de una investigación que es a la vez celebración, con la que cada espectador es confrontado, desde los sentidos, con su propia condición, de manera que no sólo el allegado o el coterráneo podrán verse reflejados en las tradiciones que aquí se expresan. De ahí el título “Lazos maleables”, y justo: la ausencia de, o el descreimiento en, las estructuras preestablecidas, no reniega de la posibilidad de asumirse como parte de una colectividad; más bien, propone una necesaria toma de decisiones y una resignificación, más o menos ilustrada, de nuestras propias relaciones interpersonales.

REFERENTES

Agamben, Giorgio (2006). *Lo abierto. El hombre y el animal*. Buenos Aires: ADRIANA HIDALGO EDITORA

Benjamin, Walter (2008). *Sobre la fotografía*. España: PRE-TEXTOS

Bourriaud, Nicolas (2009). *Radicante*. Buenos Aires: ADRIANA HIDALGO EDITORA

Durand, Gilbert (2004). *Las estructuras antropológicas del imaginario*. México: FCE

Eliade, Mircea (1998). *Lo sagrado y lo profano*. Barcelona: PAIDOS IBERICA

Harari, Yuval Noah (2014). *De animales a dioses*. Colombia: PENGUIN RANDOM HOUSE GRUPO EDITORIAL, S. A. U.

Hernández Navarro, Miguel Ángel (2008): *Presentación. Antagonismos temporales*. En: *Heterocronías, tiempo, arte y arqueología del presente*. Palma de Mallorca, CENDAEC.

Leroi-Gourhan, Andre (1971). *El gesto y la palabra*. Caracas: EDICIONES DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA.

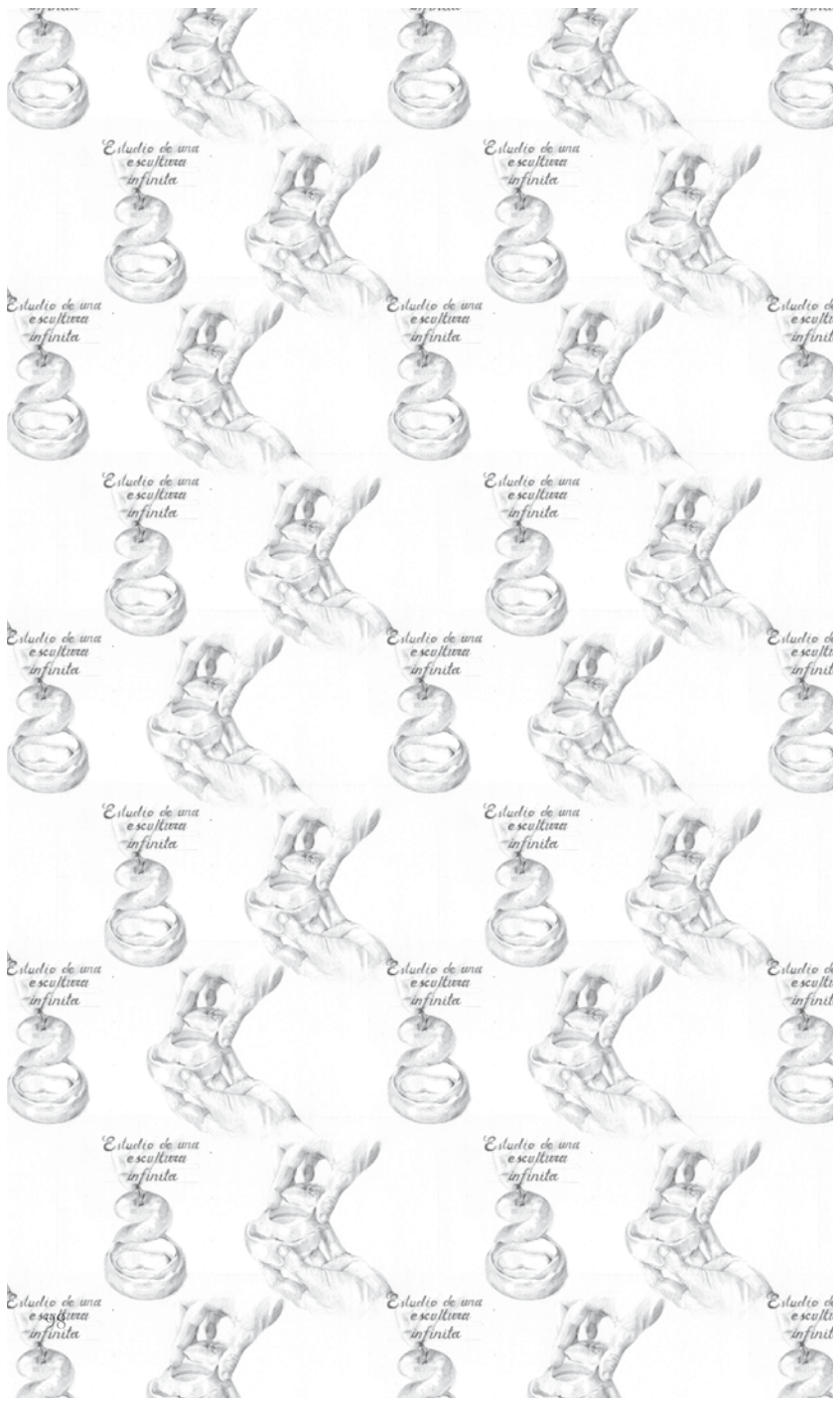
Montoya Gómez, Jairo (2014): *Del arte de la memoria a la(s) memoria(s) del arte*. En: Domínguez, Javier et. al. (eds.) (2014). *El arte y la fragilidad de la memoria*. Universidad de Antioquia, SÍLABA EDITORES.

Pini de Lapidus, Ivonne (2014): *La memoria como campo de reelaboración artística*. En: Domínguez, Javier et. al. (eds.) (2014). *El arte y la fragilidad de la memoria*. Universidad de Antioquia, SÍLABA EDITORES.

Segalen, Martine (2005). *Ritos y rituales contemporáneos*. Madrid: ALIANZA EDITORIAL

Shapiro, Gary (2008): *El tiempo y sus superficies: Postperiodización*. En: *Heterocronías, tiempo, arte y arqueología del presente*, Hernández Navarro, Miguel Ángel (comp.) Palma de Mallorca: CENDAEC.

Verdú, Vicente (2014). *Enseres domésticos*. Barcelona: EDITORIAL ANAGRAMA



Aunque muchas han sido las doctrinas que a lo largo de los siglos le adjudican a la familia la potestad de ser el origen de la sociedad, de la colectividad, en el siglo XXI contamos ya con algunas claridades que nos permiten poner en duda semejante idea; basta con asomarse a las observaciones de Levi-Strauss o de Malinowsky sobre las muy diversas constelaciones que en distintas épocas y culturas conforman lo que llamamos familia: aparte del vínculo evidente entre madre e hijo (un lazo sostenido necesariamente en una función a nivel de lo orgánico-corporal) todas las demás filiaciones parecen obedecer a patrones que no se avienen a la estructura clásica, romana, católica; en muchos casos, el varón sólo recibe el “apellido” de su madre o de su hermana mayor (léase, las leyes de parentesco, la herencia), pues si bien no se desconoce la relación entre el sexo y la procreación, la vinculación biológica del padre con su estirpe no determina el parentesco en el nivel de lo social; tampoco las leyes de la alianza se reducen al núcleo de la que conocemos como “familia nuclear”: piénsese, por ejemplo, en las comunidades del Yuruparí, entre las cuales ningún individuo puede “contraer matrimonio” con alguien que hable su misma lengua.

En la más reciente producción de Kike Aguilar, el artista hurga en sus recuerdos y en los de sus seres próximos para develar una nueva interpretación de los ritos en los que confluyen tradiciones perdidas y lejanas y que denotan el sentido más íntimo del mito: ya no la explicación más o menos fantásica de lo inexplicable, sino la formulación y asimilación de un código, un lenguaje común que distingue, a priori, antes de cualquier vivencia personal, lo que está bien de lo que está mal. Por lo demás, en la brutalidad que se oculta tras los sacrificios (en este caso, el sacrificio del cerdo), se puede reconocer también un aspecto decisivo, tal como el autor afirma: “[El] vínculo [los lazos humanos] no tiene por qué fundarse fuera del conflicto, del malentendido ni de la disidencia. Todo lo contrario. Es en ese choque explosivo entre lo antiguo y lo nuevo, entre lo individual y lo colectivo, entre los roles que cada uno ocupa dentro de las estructuras sociales, donde surge la posibilidad de la creación, del afecto y de la pertenencia”.

Nicolás García De Castro, Montelelo Magazine